

# Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

---

19º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

2011-08-07

Quiero comenzar con **una palabra de gracias** para los que realizaron hoy la venta de tamales. Esta iniciativa ayuda a la parroquia económicamente; y si fuera este el único motivo de mis alabanzas, sería bastante. Pero además del beneficio económico es el comunitario, la manera en que tal proyecto continúa la construcción de la comunidad entre nosotros. La parroquia—esta o cualquiera—no es una institución sino una pequeña realización del Cuerpo de Cristo; no tanto una organización como un organismo vivo que tiene por principio de vida el Espíritu Santo. Es este Espíritu que nos anima para la comprensión, la paciencia y la perseverancia necesarias para mantener y promover la comunidad. Por eso, les doy gracias a todos los que llevaron a cabo la venta de tamales de hoy, así como los que anteriormente realizaron los kermés. Mil gracias.



Pasando ya a la homilía, me enfoco en los dos santos, Elías el profeta y Pedro el apóstol y el encuentro de cada uno con su Señor.

**Elías.** ¿Qué es el papel fundamental del profeta? Que hable en nombre de Dios. Para cumplir con este deber, el profeta tiene que estar en comunicación con Dios, necesita la oración. Pues en la selección del primer libro de los Reyes que escuchamos hoy, encontramos a Elías en el monte Horeb o sea el Sinaí. Está del todo cansado por haber pasado unos cuarenta días huyendo de la ira asesina de Jezabel, la reina de Israel. Ésta, en su ira asesina, le amenazó cortarle el pescuezo a Elías.

Huye Elías, pero no ciegamente. Su sendero lo conduce al monte donde Dios se reveló a Moisés, dándole a él y al Pueblo la dirección necesaria para llegar a la tierra prometida. Elías busca, en ese lugar santo, la dirección que él necesita para continuar su servicio de profeta. Pero mientras Dios se mostró a Moisés en fuego y humo, en terremoto y sonido de cuernos de guerra, Dios se muestra al profeta no en el viento huracanado, ni en el terremoto ni en el fuego, sino en el murmullo de una brisa suave, una voz de la paz.

Ahora, **Pedro.** Pedro el audaz y atrevido. Pedro es pescador. Conoce el lago y sus tormentas. La tormenta de esta noche es amenazadora. Pero, aparte de la tormenta misma, Pedro no está preparado por lo que ve con sus ojos: la figura de un hombre caminando sobre el agua. Alguien grita: “¡Es un fantasma!” Luego se oye una voz familiar: “Tranquilícense y no teman, que soy yo.” Y Pedro, tentado a no creer ni siquiera lo que ve y oye, le abre a Jesús una oportunidad de llamarle a Pedro a un acto de fe. “Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua”. Y Jesús le dice: “Ven”.

Tal vez uno pensaría que los primeros pasos fueran los más difíciles. Pero Pedro comienza más o menos bien y luego, al cambiar el enfoque de su atención del poder de Cristo a su propia vulnerabilidad, se hunde. Por fin, Pedro lanza un grito al que es poderoso y sabio de verdad, y Jesús le tiende la mano y lo salva.

Jesús salva. Dios salva. El Señor de Elías, el Señor de los apóstoles se dedica por completo a la salvación. Dios espera que le acudamos en nuestra necesidad. Cuando no sabemos lo que debemos hacer, Dios quiere que pongamos la confianza en Él. Cuando tenemos miedo, Dios espera que le hagamos caso. Cuando el camino de

# Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

---

nuestra vida está resbalosa, cuando no vemos la resolución de nuestros problemas, cuando no tenemos la fuerza de voluntad para vencer una tentación, Dios espera nuestro grito: “¡Sálvame Señor!” Dios puede restaurarnos la paz, traernos a un nuevo comienzo, tranquilizar las tormentas amenazantes, y enseñarnos cómo superar nuestras ansiedades.

Pues que pasemos un minuto ahorita, cada uno reflexionando sobre lo que amenaza la paz de nuestra vida, la vida particular, la vida familiar. Presentémonos ante Cristo humildes, necesitados, confiados.